Red Mundial de Oración del Papa

Semana Santa



La Esperanza sonríe en la Semana Santa que comienza "susurrando":

este año será más feliz

BOLETÍN No. 73 **ABRIL 2026**

ÍNDICE

EDITORIAL 3

INTENCIONES DE ORACIÓN DEL SANTO PADRE, MARZO 2026
"POR LOS SACERDOTES EN CRISIS" 6

LA MUERTE. ***P. Javier Duplá s.j.*** 8
POEMA: NO LLORES SI ME AMAS, ***San Agustín***

LA CRUCIFIXIÓN. «TENGO SED» (JN 19,28): ***Papa León XIV*** 12
POEMA: «A AQUELLOS QUE AMO Y AQUELLOS QUE ME AMAN»
Anónimo

LA RESURRECCIÓN, ***P. Javier Duplá s.j.*** 17
POEMA: LA MUERTE, ***Inédito***

SILENCIO Y ESCUCHA FRENTE A LA CULTURA DEL RUIDO
Y LA SUPERFICIALIDAD, II PARTE. ***José A. Pagola*** 20

LA GUERRA NO PUEDE SER HUMANIZADA:
DEBE SER CANCELADA, ***Leonardo Boff*** 27

POEMA: MARÍA 32

CONTACTOS 33

ÁLVARO LACASTA S.J.
Director Nacional de la Red Mundial de la Oración del Papa. VENEZUELA

EDITORIAL

Se acerca la Semana Santa, y si somos sinceros, para gran parte de la sociedad estos días se han convertido simplemente en unas merecidas vacaciones de primavera o en un alto en el camino para descansar de la rutina. Sin embargo, si nos atrevemos a rasgar un poco la superficie de estas fechas, nos encontraremos con una de las historias más profundamente humanas y conmovedoras de nuestra cultura. Más allá de los ritos formales, la historia de la *Pasión y Resurrección* nos habla directamente a nuestro propio dolor, a nuestra fragilidad y a nuestra necesidad ineludible de los demás.

Por mucho tiempo, se nos ha transmitido la imagen de un Dios severo, casi un acreedor implacable que exigía la sangre y el sufrimiento de su propio Hijo para poder perdonarnos. Pero los textos que hoy analizamos coinciden en desmentir rotundamente esa idea; nos dicen que es impensable creer en un Dios "cruel". Al contrario, *la muerte de Jesús fue la consecuencia trágica pero previsible de un hombre que dedicó su vida a abrazar a los marginados, a los enfermos y a los excluidos de su tiempo.*

El Papa León XIV nos regaló hace poco una reflexión preciosa sobre esto. Nos recordó que, en su momento de mayor agonía en la

cruz, Jesús no se muestra como un superhéroe invencible, sino como un mendigo de amor que pronuncia dos palabras inmensas: *«Tengo sed»*. Con ese gesto tan vulnerable, Dios nos enseña que pedir ayuda no nos quita dignidad, sino que nos hace auténticamente humanos. Nadie puede salvarse solo; para que el amor sea real, hay que aprender a dar, pero también a dejarse ayudar.

Esa sed de la cruz es la misma sed que hoy tienen millones de personas. El Papa lo aterrizó dolorosamente al pedir ayuda urgente por la crisis humanitaria en Sudán, donde la violencia, los deslizamientos de tierra y el cólera están destrozando a miles de familias. *Ellos son los crucificados de hoy, junto con los niños hambrientos, las mujeres maltratadas y los olvidados por el sistema.*

Nuestra postura es clara: apostamos por una visión de la vida y de la fe que se manche las manos por el otro. Nos entristece ver cóåmo, a lo largo de los siglos, la cruz se ha frivolizado, convirtiéndose a veces en una joya de oro ostentosa que adorna a los poderosos, vaciándola de su mensaje de austeridad y solidaridad con los más pobres.

También compartimos la valiente autocrítica que hace el teólogo Ruiz de Galarreta al señalar que, lamentablemente, algunos textos oficiales y rituales religiosos aún conservan esa vieja teología que desfigura a Dios, presentándolo como un ser vengativo. Creemos que es hora de cambiar ese lenguaje. *Preferimos quedarnos con la imagen de un Dios compasivo que sufre con nosotros, al que le duele nuestro dolor.*

La Resurrección no debería ser vista solo como una promesa lejana para cuando muramos. Es un reto para el aquí y el ahora. Creer en la vida significa rebelarnos contra todo lo que causa sufrimiento a nuestros hermanos hoy. Significa poner amor y esperanza donde

otros imponen violencia y soledad. En un mundo que premia la autosuficiencia, atrevámonos a ser vulnerables, a tender la mano y a reconocer, con total humildad, que nos necesitamos los unos a los otros. En definitiva, la compasión no es sentir lástima, es **sentir-con** el otro. Es entender que todos estamos en el mismo barco y que la vida solo merece llamarse vida cuando la cuidamos entre todos.

En esta Semana Santa que estamos por vivir, la invitación es a no quedarnos como simples espectadores de un rito antiguo. Los textos de este año nos sacuden: nos hablan de un Jesús que, en lugar de actuar como un héroe invencible, se muestra vulnerable y nos dice *«Tengo sed»*.

Esa sed es el grito de quienes hoy sufren en lugares lejanos, pero también de nuestro vecino que vive en soledad o del familiar que no sabe cómo pedir ayuda. Celebrar la Pascua es entender que la vida de Jesús "tuvo razón" porque se entregó a los demás. Resucitar hoy significa poner esperanza donde hay dolor y justicia donde hay olvido.





INTENCIONES DE ORACIONES DEL SANTO PADRE CONFIADAS A LA RED MUNDIAL DE ORACIÓN, ABRIL

POR LOS SACERDOTES EN CRISIS

Oremos por los sacerdotes que atraviesan momentos de crisis en su vocación, para que encuentren el acompañamiento necesario y que las comunidades los apoyen con comprensión y oración.

Oración por los Sacerdotes en Crisis

"Señor Jesús, Buen Pastor y eterno Sacerdote, te pido hoy por todos los sacerdotes que están pasando por momentos de crisis, enfermedad, desilusión o soledad.

Tú, que conoces sus luchas, sus noches oscuras y el cansancio de su ministerio, dales alivio en sus dolores y paz en sus almas.

Envuélvelos en tu manto, María, Madre de los sacerdotes, y acompáñalos como acompañaste a tu Hijo en la Cruz.

Espíritu Santo, renueva sus fuerzas y llénalos de esperanza que no se sientan solos, sino sostenidos por tu amor infinito.

Señor, que sus vidas sigan siendo luz y testimonio, y que, sintiéndose débiles, encuentren en ti la fortaleza para seguir la voluntad de Dios.'' (Wikipedia).

Comentario Pastoral

La mayoría de los fieles devotos, que asisten a la misa, leen la Biblia y rezan, piensan que los sacerdotes están por encima de cualquier tentación. Y no es así. Si son jóvenes o de mediana edad pueden sentirse atraídos por alguna muchacha o mujer bonita. Pueden sentir soledad afectiva, deseos de comunicarles su afecto.

Pueden también tener tentación de acumular dinero, exigiendo un estipendio elevado o estableciendo colectas para fines parroquiales de las que luego no se informe a los fieles. Pueden tener tentación de aspirar a puestos de importancia en su diócesis o congregación religiosa, con envidia de los que son nombrados cuando ellos aspiraban a esos cargos. Pueden abandonar la oración diaria con la excusa de cansancio excesivo. Pueden comportarse con arrogancia ante los que están sujetos a su obediencia. En resumen, no están libres de tentaciones como las tiene cualquier cristiano.

Por eso necesitan un acompañamiento afectuoso de parte de toda la comunidad y en especial de otros sacerdotes que han pasado o pasan situaciones de debilidad parecidas. El santo cura de Ars, san Juan María Vianney, patrono de los sacerdotes, les proteja y ayude desde el cielo, para que puedan superar esos momentos malos y agradezcan a Jesucristo poderlo acompañar en tanto padecimiento que tuvo, sabiendo que como Él llegarán un día a la resurrección.

P. Fco. Javier Duplá sj.



LA MUERTE

No nos gusta reflexionar y mucho menos hablar de la muerte. Sin embargo, es necesario en algunos momentos de la vida, sobre todo cuando alguien pierde a un ser querido, con el que ha vivido largo tiempo. De repente queda un hueco que nadie puede cubrir, porque cada persona es distinta y los dos se han relacionado de alguna manera particular y única, irrepetible. Si el dolor por la separación es muy grande, sólo se puede sufrir en el interior y casi nada ni nadie pueden consolar en esos momentos. Sólo el tiempo y la fe en Dios alejan un poco ese dolor y a veces cuesta años superarlo y la persona queda definitivamente marcada por la separación.

La muerte de un ser querido nos abre a muchas interrogaciones a los que creemos en una vida futura. Los que piensan que todo se acaba con la muerte que no hay alguna relación, sufren un dolor realmente irreparable. Pero los que tenemos fe nos preguntamos de todas

formas muchas cosas. ¿Qué se ha encontrado al pasar esta barrera de la que no se retorna? ¿Cómo ha sido, cómo es su encuentro con Dios, con Jesucristo, con María, con tantos hombres y mujeres buenos la historia? que poblaron la historia? ¿Con quienes se ha encontrado de sus parientes, de sus seres queridos? ¿Puede pensar, sentir y querer?

La fe cristiana no nos da respuestas, pero seguramente no son adecuadas a nuestras ansias de saber y a nuestro dolor. Sin embargo, esas son las que tenemos: que Jesús venció a la muerte y que el cristiano que conforma su vida con la de Jesús, también la vencerá. Eso quiere decir que la muerte será un momento pasajero, un tránsito necesario, pero que sólo ocurrirá una vez.

Jesús venció a la muerte y que el cristiano que conforma su vida con la de Jesús, también la vencerá

Si pensamos en la propia muerte, seguramente ese pensamiento es menos doloroso, sobre todo si uno ha tenido la sabiduría de irse desprendiendo de todas las cosas, pero también de las ataduras afectivas. De esa manera la preparación para la propia muerte permite que esta sea aceptada con mayor facilidad.

Pienso que el tránsito de la muerte tiene que ser suave para el que se ha preparado así, con ese desprendimiento. Además, está abierta a otras dimensiones, que ahora ni me puedo imaginar, precisamente porque son radicalmente distintas. La vida de los Santos era tan rica, tan distinta, tan plena que no querían perderla. La encontrarán además gratuita, un regalo inmenso e inmerecido del que nos quiere a pesar de nuestra pequeñez.

Pienso en el más allá, en esas dificultades que serán superadas, y que podremos comunicarnos amorosamente con todos los seres queridos de una forma sorprendente e incansable. Esta comunicación

siempre renovada, tendrá su culminación en el encuentro con Dios, en la intuición de su ser, de una riqueza inimaginable e inesperada.

Pensar así la muerte es un tránsito, un paso a una realidad muy superior.

Nos da miedo abandonar lo que conocemos, pero sabemos por la fe que vale la pena abandonarlo.

P. Javier Duplá s.j.

Mírame Señor, cuando a ti vaya.
Tómame de la mano con firmeza.
Hazme ver tu rostro de pureza.
Llévate mi barquita hasta la playa.
Esta aduana, Señor, que es nuestra muerte,
nos permite acceder a nueva vida contigo.
Nada perdemos, ganamos en la huida.
Te ganaremos a ti: para verte y amarte.
Señor, dame a conocer mi fin.
Y cuál es la medida de mis años,
que comprenda lo caduco que soy.
Me concediste un palmo de vida,
mis días no son nada ante ti;
el hombre no dura más que un soplo,
el hombre pasa como una sombra…
y ahora, Señor, ¡qué me queda?
Mi esperanza eres tú.

San Agustín

No llores si me amas...

Si conocieras el don de Dios
y lo que es el cielo…
Si pudieras oír el cántico de los ángeles
y verme en medio de ellos…
Si por un instante pudieras
contemplar como yo
la belleza ante la cual
las bellezas palidecen…
Créeme.
Cuando llegue el día que Dios
ha fijado y conoce,
y tu alma venga a este cielo
en el que te ha precedido la mía…
Ese día volverás a verme.
Sentirás que te sigo amando, que te amé,
y encontrarás mi corazón
con todas sus ternuras purificadas.
Volverás a verme en transfiguración,
en éxtasis feliz.
Ya no esperando la muerte,
sino avanzando contigo,
te llevaré de la mano por los senderos
nuevos de luz y de vida.
Enjuga tu llanto y no llores si me amas.

San Agustín



Papa León XIV:
LA CRUCIFIXIÓN
«TENGO SED»
(Jn 19,28)

Queridos hermanos y hermanas,

En el centro del relato de la pasión, en el momento más luminoso y a la vez más oscuro de la vida de Jesús, el Evangelio de Juan nos entrega dos palabras que encierran un misterio inmenso: *«Tengo sed»* (19,28), e inmediatamente después: *«Todo está cumplido»* (19,30). Palabras últimas, pero cargadas de toda una vida, que revelan el sentido de toda la existencia del Hijo de Dios. En la cruz, Jesús no aparece como un héroe victorioso, sino como un mendigo de amor. No proclama, no condena, no se defiende. Pide, humildemente, lo que por sí solo no puede darse de ninguna manera.

La sed del Crucificado no es solo la necesidad fisiológica de un cuerpo destrozado. Es también y, sobre todo, la expresión de un deseo profundo: el de amor, de relación, de comunión. Es el grito silencioso de un Dios que, habiendo querido compartir todo de nuestra condición humana, se deja atravesar también por esta sed. Un Dios que no se avergüenza de mendigar un sorbo, porque en ese gesto nos dice que el amor, para ser verdadero, también debe aprender a pedir y no solo a dar.

«Tengo sed», dice Jesús, y de este modo manifiesta su humanidad y también la nuestra. Ninguno de nosotros puede bastarse a sí mismo. Nadie puede salvarse por sí mismo. La vida se «cumple» no cuando somos fuertes, sino cuando aprendemos a recibir. Y precisamente en ese momento, después de haber recibido de manos ajenas una esponja empapada en vinagre, Jesús proclama: «Todo está cumplido». El amor se ha hecho necesitado, y precisamente por eso ha llevado a cabo su obra.

Dios salva no haciendo, sino dejándose hacer. No venciendo al mal con la fuerza, sino aceptando hasta el fondo la debilidad del amor

Esta es la paradoja cristiana: Dios salva no haciendo, sino dejándose hacer. No venciendo al mal con la fuerza, sino aceptando hasta el fondo la debilidad del amor. En la cruz, Jesús nos enseña que el ser humano no se realiza en el poder, sino en la apertura confiada a los demás, incluso cuando son hostiles y enemigos. La salvación no está en la autonomía, sino en reconocer con humildad la propia necesidad y saber expresarla libremente.

El cumplimiento de nuestra humanidad en el diseño de Dios no es un acto de fuerza, sino un gesto de confianza. Jesús no salva con un golpe de efecto, sino pidiendo algo que por sí solo no puede darse. Y aquí se abre una puerta a la verdadera esperanza: si incluso el Hijo de Dios ha elegido no bastarse a sí mismo, entonces también su sed —de amor, de sentido, de justicia— no es un signo de fracaso, sino de verdad.

Esta verdad, aparentemente tan simple, es difícil de aceptar. Vivimos en una época que premia la autosuficiencia, la eficiencia, el rendimiento. Sin embargo, el Evangelio nos muestra que la medida

de nuestra humanidad no la da lo que podemos conquistar, sino la capacidad de dejarnos amar y, cuando es necesario, también ayudar.

Jesús nos salva mostrándonos que pedir no es indigno, sino liberador. Es el camino para salir de la ocultación del pecado, para volver al espacio de la comunión. Desde el principio, el pecado ha generado vergüenza. Pero el perdón, el verdadero, nace cuando podemos mirar de frente nuestra necesidad y ya no temer ser rechazados.



La sed de Jesús en la cruz es entonces también la nuestra. Es el grito de la humanidad herida que sigue buscando agua viva. Y esta sed no nos aleja de Dios, sino que nos une a Él. Si tenemos el valor de reconocerla, podemos descubrir que también nuestra fragilidad es un puente hacia el cielo. Precisamente en el pedir —no en el poseer— se abre un camino de libertad, porque dejamos de pretender bastarnos a nosotros mismos.

En la fraternidad, en la vida sencilla, en el arte de pedir sin vergüenza y de ofrecer sin cálculo, se esconde una alegría que el mundo no conoce. Una alegría que nos devuelve a la verdad original de nuestro ser: somos criaturas hechas para dar y recibir amor.

Queridos hermanos y hermanas, en la sed de Cristo podemos reconocer toda nuestra sed. Y aprender que no hay nada más humano, nada más divino, que saber decir: necesito. No temamos pedir, sobre todo cuando nos parece que no lo merecemos. No nos avergoncemos de tender la mano. Es precisamente allí, en ese gesto humilde, donde se esconde la salvación.

Resumen leído por el Santo Padre en español

Queridos hermanos y hermanas,

En esta catequesis reflexionamos sobre el misterio que encierran las palabras de Jesús en la cruz: "tengo sed". La sed del crucificado no es sólo una cuestión fisiológica, se trata de la profunda expresión de un deseo: Jesús tiene sed de amor, de relación y de comunión. No se avergüenza de haber asumido nuestra humanidad frágil. Aquel que lo ha dado todo, no vacila en mostrarse necesitado. Este gesto es un signo elocuente de que el hombre no se realiza por la fuerza del poder, de que no se basta a sí mismo para salvarse, sino que está necesitado de los demás, que tiene que aprender a abrirse confiadamente al otro. Para que nuestro amor sea auténtico, debemos no sólo darlo, sino recibirlo. Jesús nos enseña a dar, pero también a recibir amor.

La sed de Jesús en la cruz es también la de la humanidad herida por el pecado, es decir, la que, reconociendo la fragilidad humana, no la esconde, sino que sabe pedir perdón al Dios del amor. No tengamos miedo de pedir su amor misericordioso, incluso cuando pensamos que no lo merecemos, aprendamos a tender la mano sin avergonzarnos, en ese gesto sencillo se esconde la salvación.



«A aquellos que amo y aquellos que me aman»

Cuando me haya ido, déjenme ir.
Tengo muchas cosas que hacer y ver.
No tienen que atarse a mí con lágrimas,
alégrense que tuvimos mucho tiempo juntos.
Les di mi amor, y por lo tanto saben
cuánta felicidad me otorgaron ustedes a cambio.
Les agradezco el amor que cada uno me brindó,
pero ahora es tiempo de que yo viaje solo.
Si quieren llorar un rato, pueden hacerlo
y luego permítanme que sus tristezas se conviertan en confianza.
Es sólo por un momento que estaremos separados,
entonces bendigan los recuerdos de sus corazones.
No estaré lejos, porque la vida continúa.
Y si necesitan de mí, llámenme y yo acudiré.
Y escuchen con sus corazones, se darán cuenta que
mi amor les rodea suave y claramente.
Y cuando sea el tiempo en que ustedes viajen solos
Les saludaré con una sonrisa, y les diré:

«bienvenidos a casa»

Anónimo





Los cristianos no nos quedamos con la muerte, sino que amamos una vida más allá de la muerte. Y, nos preguntamos: ¿Es un reclamo legítimo? Sí, lo es por la fe. La Resurrección de Jesucristo nos da ese atrevimiento y esperanza. No nos hace falta haber estado en Jerusalén aquella madrugada del domingo, para saber que Jesús regresó a la vida. Lo creemos porque así lo sentimos y así nos lo testimonian aquellos hombres y mujeres que lo vieron. *"No seas incrédulo sino creyente"*, le dice Jesús a Tomás cuando él se resiste a creer que ha resucitado. Esa frase nos la dirige hoy a cada uno de nosotros.

Resucitar es volver a vivir, pero de una manera nueva para la que no tenemos términos de comparación con la vida presente. Pero sí hay dos dimensiones especiales, como la inteligencia y el amor, En el cielo, en la vida eterna se ejercitarán la inteligencia y el amor. Nos preguntamos, ¿Cómo? Llegará un día que lo sabremos; hoy es suficiente La Fe en Jesús Resucitado.

Resucitar es "ver" y comunicarse con todos los seres queridos con los que vivimos y con los que nos precedieron. Tantos cristianos de todos los tiempos. Tantos parientes cercanos que nos antecedieron, que esperaron y amaron, padres, tíos, hijos que ya pasaron de esta vida. Viven ahora de una manera diferente que será la nuestra algún día. La Resurrección es el gran misterio y la gran esperanza, el comienzo de una vida nueva.

Pero ahora vivimos todos con una existencia con su carga de dificultades, de tedio y de dolor, nos cansa y nos enfría, pero intentamos reencender el fuego del entusiasmo y la fidelidad de nuestros compromisos.

***

«Aquellos que amo»

Juan XXIII

«En la hora del adiós, o mejor de la despedida os encomiendo lo que vale en la vida, Jesucristo, su Iglesia, la verdad, la bondad y el Amor.
A todos os encomiendo y por todos rezaré desde el cielo»



La Muerte

Yo espero a la muerte como se espera al amado.
No sé cuándo vendrá,
ni como vendrá.
Pero yo espero,
y no hay miedo en esta expectación,
hay solamente ansia y curiosidad.
Porque la muerte es una puerta
que se abre hacia parajes
desconocidos,
pero imaginados.
Como el amor,
nos lleva hacia otro mundo.
Como el amor
comienza para nosotros otra vida
diferente de la nuestra.
Yo espero a la muerte como se espera al amado.
Porque sé que un día llegará
y me recibirá en sus brazos amigos.
Sus labios fríos tocarán mi frente,
y bajo su caricia
me adormeceré el sueño de la eternidad.
Como en los brazos del amado
y ese sueño será
un resurgir.
Porqué la muerte es la resurrección,
la liberación,
la comunicación total
con el amor total.

Poema inédito (escrito a los 22 años de edad)



SILENCIO Y ESCUCHA FRENTE A LA CULTURA DEL RUIDO Y LA SUPERFICIALIDAD

II PARTE

4. EL SILENCIO CONTEMPLATIVO EN LA SOCIEDAD DEL RUIDO

La vida monástica está llamada hoy a redescubrir de manera renovada, en medio de esta cultura del ruido y de la superficialidad ese valor tan esencial y tan suyo que es el silencio contemplativo y la escucha a Dios.

No son pocos los hombres y mujeres que comienzan a sentirse insatisfechos. Les resulta difícil vivir sin meta ni sentido profundo. No basta pasarlo bien. Se necesita algo más, un aliento nuevo, una experiencia diferente que salve del vacío, del desencanto y del absurdo de una existencia tan superficial. Muchos están cansados de vivir una vida tan rebajada. Reclaman algo que no es ciencia ni técnica, no es moda ni consumo, tampoco doctrina ni discursos religiosos. De manera a veces confusa e inconsciente, buscan una experiencia de sal-

vación, un encuentro nuevo con lo más hondo de la vida. ¿Quién les mostrará el camino? Esta sociedad necesita testigos y buscadores de silencio y de escucha interior. Hombres y mujeres que apunten con su vida hacia una forma nueva de existencia anclada en lo esencial.

Por eso, sería un error y un pecado que la vida monástica se encerrara hoy en su pequeño mundo, hecho también de otros ruidos y tensiones, de otras seducciones y superficialidades, y se olvidara de esa sociedad que nunca ha necesitado tanto como hoy de maestros y maestras de vida. *Las comunidades monásticas están llamadas a ser en medio de la sociedad contemporánea "espacios de silencio", lugares donde se pueda percibir la sabiduría del recogimiento, la armonía de lo esencial, la quietud del espíritu, el ritmo sosegado. Comunidades donde se viva un silencio ante Dios. Sólo desde ese silencio podrán luego pronunciar algunas palabras, pocas, profundas, justas, para invitar a una vida más plena y humana.*

Pero, *¿cómo construir hoy este silencio monástico?, ¿cómo, sobre todo, cultivarlo y purificarlo de nuevas fuentes de ruido y superficialidad?, ¿qué silencio proponer a la sociedad actual? Sin duda, la misma tradición monástica ofrece elementos para una adecuada respuesta. Yo sólo puedo sugerir algunas pobres consideraciones desde la sensibilidad del momento actual.*

• ***Silencio fascinado por Dios***

El silencio monástico no es sólo silencio exterior. No es "insonorización de un espacio", control de ruidos molestos; no es tampoco técnica terapéutica, vida tranquila, contacto sereno con la naturaleza. *Es antes que nada silencio a solas ante Dios. Es ponernos en contacto con lo profundo de nuestro ser, callarnos ante la inmensidad de Dios, adentrarnos confiadamente en su Amor insondable, quedar sumergidos en ese Misterio que no puede ser explicado ni hablado, sólo venerado y*

adorado. Silencio es entonces acallar los ruidos y solicitaciones que nos llegan desde fuera, acallar sobre todo el ruido de nuestro propio yo con su cortejo de ambiciones, miedos, orgullos y autocomplacencias, para no perdernos la presencia oscura y a la vez luminosa, tremenda y fascinante, pero siempre inconfundible, amorosa y tierna de quien existe sosteniendo y envolviendo nuestro ser.

En el centro del silencio y como impregnándolo todo está el amor. Se le ha llamado de diversas formas: *"llama de amor viva", "excitación ciega del amor", "desnudo impulso del deseo", descubrimiento de "la música callada"*. Cuanto más fuerte es el amor más profundo es el silencio y más honda la fascinación. Con este silencio, vivido muchas veces de manera pobre y vacilante, la vida monástica introduce en la cultura actual una "ruptura de nivel", que permite vivir una experiencia diferente que está más allá de otras vivencias centradas en la utilidad, el pragmatismo, la seducción, las modas, o el consumismo. *Viviendo en silencio ante Dios, las comunidades monásticas apuntan hacia lo eterno en un mundo que vive en el cambio y la moda permanente; son signo de lo profundo en medio de una sociedad sumergida en lo efímero y superficial; son testigos de lo único absoluto en una cultura volcada sobre lo múltiple e intranscendente. Estas comunidades calladas, vueltas hacia Dios, cuestionan, interrogan, inquietan y evangelizan el mundo contemporáneo.*

• ***Silencio curador de la persona***

Este silencio monástico está llamado hoy a mostrar que es capaz de reconstruir a la persona y hacerla vivir de manera más digna y humana. La sociedad moderna necesita ver que es posible encontrar un fundamento estable y un sentido último a la existencia, que es posible curarse del vacío y la frivolidad, de la separación y de la soledad interior. En concreto, las comunidades monásticas deberían mostrar

que el silencio contemplativo es fuente y camino de profundización, integración y liberación interior.

Es el Espíritu de Dios acogido en silencio el que hace vivir en la verdad, el que enseña a saborear la vida en toda su hondura, a no malgastarla de cualquier manera, a no pasar superficialmente ante lo esencial. *Es el Espíritu de Dios el que conduce suavemente a encontrar una armonía nueva y un ritmo más santo. Ese Espíritu hace crecer nuestra libertad interior y nos abre a una comunicación nueva y más honda con Dios, con nosotros mismos y con los demás. Ese Espíritu nos trabaja en silencio liberándonos del vacío interior y de la soledad, y nos devuelve la capacidad de dar y recibir, de amar y ser amados en la verdad. Ese Espíritu Santo nos regenera, nos hace renacer cada día y nos permite empezar siempre de nuevo a pesar del desgaste, el pecado y el deterioro del vivir diario.*

Vivir en silencio ante Dios es dejarle penetrar hasta lo más profundo de nuestro ser para, libres de nuestra palabrería, nuestras mentiras y autojustificaciones, comenzar a conocernos a la luz de su verdad.

Quien vive en silencio ante Dios descubre *"que el amor de Dios no se ha acabado, ni se ha agotado su ternura, cada mañana se renuevan... Bueno es Yahve para el que espera en él, para el alma que le busca. Bueno es esperar en silencio la salvación de Yahve"* (Lam.3, 22-26).

• ***Silencio de escucha al ser humano***

Quien vive desde el silencio ante Dios descubre el mundo, la vida, las cosas, la existencia entera con luz nueva. Su mirada se hace más profunda y amorosa. No se detiene sólo en lo anecdótico y superficial. Centrado en Dios y olvidado de sí mismo, no se siente extraño a nadie ni a nada. Es capaz de abrazar interiormente al Universo entero

con paz y amor fraterno. Es capaz de escuchar el canto de la Creación y de unirse a la alabanza que desde ella se eleva hasta Dios.

Pero, sobre todo, *en el silencio con Dios se aprende a escuchar y amar a los hombres y mujeres. Desde ese silencio es más fácil captar todo lo bueno, lo bello, lo digno, lo grande que hay en la vida humana. Y es más fácil también escuchar los sufrimientos y el dolor de los que viven y mueren sin conocer el amor, la amistad, el hogar o el pan de cada día. El verdadero silencio hace al contemplativo más sensible a los miedos, anhelos y esperanzas de los humanos. Es su experiencia de Dios la que le lleva a amar profundamente a la comunidad humana.*

Sólo las personas calladas interiormente saben acoger; sólo las personas que viven en silencio ante Dios, sin hablarse a sí mismas de sus temores, egoísmos y complacencias, saben acoger. Sólo las personas que no llevan dentro palabrería, ruido, superficialidad o confusión, saben amar con hondura pues saben amar desde Dios.

5. PROPONER EL CAMINO DEL SILENCIO Y LA ESCUCHA

• Sugerir la interioridad

Quien ha recibido la gracia del silencio ha de ponerla al servicio de los demás (Conf 1 Pe 4,10). Su vida, su palabra, su presencia ha de ser invitación permanente a vivir desde la fuente. Las gentes de nuestros días, acostumbradas a vivirlo todo desde el exterior, habituadas a entablar relaciones superficiales y periféricas, necesitan conocer la experiencia de un encuentro más hondo con testigos que enseñen lo que es peregrinar al fondo del corazón para encontrarse con la propia verdad.

Esta sociedad necesita testigos que recuerden a todos esta verdad tan sencilla como decisiva: cualquiera que sea el rumbo del mundo,

nadie encontrará vida verdadera, ayuda o salvación sino en su pobre alma maltratada pero habitada por el Espíritu de Dios. Sólo ahí se encuentra el camino de la regeneración, el aprendizaje de lo esencial, la liberación de la confusión, el crecimiento de la libertad.

Es cierto que desde fuera no se le puede enseñar a nadie el silencio como no se le puede enseñar a creer o amar, *pero se puede orientar y atraer a las personas a adentrarse con paz en su mundo interior.*

• Invitar al silencio cristiano

Para no pocos cristianos que se van alejando de la práctica religiosa, el silencio y la escucha interior pueden ser el camino más corto para abrirse al Dios escondido, *pues el verdadero silencio purifica, despierta el deseo de verdad y dispone para la escucha sincera de Dios.*

Hay que decir algo más. No son pocos los cristianos que temen el silencio y la meditación pues tienen miedo a Dios. En sus conciencias ha quedado la imagen de un Dios vigilante, justiciero y condenador con el que da miedo encontrarse. Un Dios que no atrae ni fascina, sino que hace huir.

La vida monástica ha de mostrar con claridad que el silencio cristiano sólo puede ser vivido sin traicionar su esencia como una experiencia gozosa de amor. Como dice *W. Johnston, "la contemplación cristiana es la experiencia de ser amado y de amar al nivel más profundo de la vida psíquica y del espíritu"*. Estar en silencio con Dios es saberse amado. De este saberse amado nace precisamente la estabilidad del contemplativo y la hondura de su existencia: *"yo soy amado incondicionalmente, no porque soy bueno, santo y sin pecado, sino porque Dios es bueno y santo".*

Quien se acerca a él con esta fe confiada, se sabe amado y aceptado, no cae en la desestima ni en la culpabilidad malsana. Son muchos los cristianos que necesitan conocer una experiencia nueva de Dios para aprender a estar a gusto con él, pasando del miedo al amor, de la actitud defensiva a la entrega confiada, de la autocondena a la acogida del perdón.

• Llamar a la escucha interior

La Iglesia contemporánea habla mucho. Habla el Papa y hablan los Obispos, hablan los predicadores y catequistas, hablan los exégetas y los teólogos. La Iglesia habla, enseña, recrimina, aconseja, dictamina..., pero, ¿cuándo y dónde escucha a Dios?, ¿cuándo se coloca humilde y sinceramente ante su único Señor? Los que tanto hablamos de Dios, ¿cuándo y cómo buscamos realmente al que está detrás de esta palabra? ¿Cuándo hablan los teólogos desde su propia experiencia interior ?,¿cuándo gozan y padecen la presencia de Dios en sus vidas? ¿Cómo puede la Jerarquía pronunciar tantas veces el nombre de Dios sin que nada "decisivo" suceda en sus vidas? ¿Cómo se pueden escribir y leer tantas obras de espiritualidad sin que el Espíritu haga arder más nuestros corazones? ¿No nos estamos convirtiendo en ciegos que pretenden guiar a otros ciegos, sordos que pretenden hacer oír la Palabra de Dios a otros sordos?

José A. Pagola





La guerra no puede ser humanizada: DEBE SER CANCELADA

La frase del título no es mía; pertenece a Bertrand Russell y a Albert Einstein en su manifiesto del 9 de julio de 1955 contra los peligros de una guerra nuclear y a favor de la paz. Ese es el gran anhelo de la humanidad: siempre frustrado y siempre renovado. Sin esta utopía —por la cual luchamos para que sea viable— no podemos abandonarla nunca, pues hacerlo sería un acto de cinismo frente a las víctimas de las guerras y una renuncia a todo sentido ético.

Toda guerra sacrifica miles y hasta millones de personas. Ella perpetúa el gesto de Caín que mató a su hermano Abel.

Max Born, premio Nobel de Física en 1954, denunció el predominio de la matanza de civiles en la guerra moderna. En la Primera Guerra Mundial moría solo un 5% de civiles; en la Segunda Guerra Mundial, el 50%; en la guerra de Corea y en la de Vietnam, el 85%. Y datos más recientes indicaban que en las guerras contra Irak y en la ex Yugoslavia el 98% de las víctimas eran civiles. Algo semejante está ocurriendo hoy en la guerra conducida por Benjamín Netanyahu contra los palestinos de la Franja de Gaza: más de 18.000 eran niños

que nada tenían que ver con la guerra y fueron sacrificados. En la guerra de Israel con Estados Unidos contra Irán y el Hamas los más de tres mil muertos eran civiles.

No basta con estar a favor de la paz. **Debemos estar contra la guerra.** Toda guerra, en sí misma, mata vidas de otros, nuestros semejantes. Caín no puede triunfar.

El fenómeno de la guerra se presenta como algo tan complejo que ninguna respuesta lo explica plenamente ni resulta suficiente. Eso no nos exime de reflexionar sobre el hecho de la guerra y sus perversas consecuencias humanas y materiales.

Por ejemplo, si un país es agredido por otro, ¿qué hacer? ¿Tiene derecho a defenderse con fuerzas defensivas? ¿Debe haber proporcionalidad? ¿Cómo deben comportarse los gobernantes de los pueblos que asisten a un genocidio a cielo abierto, como en la Franja de Gaza? O frente a la limpieza étnica de minorías aplicada en la ex Yugoslavia, en Kosovo y en Bosnia, por soldados sanguinarios que además violaban sistemáticamente derechos humanos básicos. ¿Vale alegar el principio de no intervención en los asuntos internos de Estados soberanos y asistir, pasivamente, a crímenes contra la humanidad? ¿Cuál es el límite de la soberanía? ¿Es absoluta? ¿Está por encima de lo humano, que puede ser sacrificado?

¿Cómo reaccionar frente al fenómeno difuso del terrorismo que, eventualmente, puede tener acceso a materiales atómicos, amenazar a toda una ciudad y ponerla de rodillas? Y si fuera lanzada una de esas armas, volvería inviable a toda la ciudad a causa de la radiactividad. ¿Frente a eso es legítima una guerra preventiva?

Son cuestiones éticas que ocupan mentes y corazones en nuestros días. Para no desesperar, tenemos que pensar. En el mundo entero,

dada la estrategia del actual presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, quien ha dicho —y está llevando a la práctica— que la paz se hará no por el diálogo sino por la fuerza. Eso jamás sería paz, sino una pacificación forzada e impuesta. Es un discurso recurrente en todos los presidentes, incluso en Barack Obama, afirmar que los Estados Unidos tienen intereses globales y pueden intervenir cuando estos se ven amenazados, utilizando incluso la fuerza.

Frente a estos problemas mencionados, se presentan varias opciones.

Un grupo numeroso sostiene la tesis de que, dada la capacidad devastadora de la guerra moderna con armas químicas, biológicas y nucleares, que podría comprometer el futuro de la especie y de toda la biosfera, ya no existe ninguna guerra justa (ius ad bellum). La vida, en sus diversas formas, está por encima de todo.

Otro grupo afirma que puede haber guerra justa, la "intervención humanitaria", pero limitada para impedir el etnocidio y los crímenes de lesa humanidad.

Otro grupo, representando al *establishment* global, reafirma que hay que rescatar la guerra justa como autodefensa, como castigo a los países del "eje del mal" y como prevención de ataques con armas de destrucción masiva.

Hagamos un juicio ético sobre estas posiciones: en las condiciones actuales, toda guerra representa un riesgo altísimo, pues disponemos de una máquina de muerte capaz de destruir a la humanidad y a la biosfera. La guerra es un medio injusto, por ser globalmente letal.

Dentro de una política realista, una **"intervención humanitaria" limitada** es teóricamente justificable, bajo dos condiciones: no puede ser decidida por un país singular, sino por la comunidad de

las naciones (la ONU), y debe respetar dos principios básicos (ius in bello, es decir, los derechos en el curso de la guerra): **la inmunidad de la población civil y la adecuación de los medios** (que no pueden causar más daños que beneficios).

La fuerza empleada como autodefensa no la convierte en algo bueno, pero puede justificarse dentro de una estricta adecuación de los medios.

La guerra de castigo, como la emprendida contra Afganistán o contra el sur del Líbano donde actúa Hamás, se basa en la venganza y no es defendible. Solo alimenta la ira y el resentimiento, caldo de cultivo de futuros conflictos.

La guerra preventiva, como la realizada contra Irak bajo la falsa suposición de que poseía armas de destrucción masiva, era ilegítima porque se basaba en análisis falsos y en algo que aún no existía y que podría no haber ocurrido. Ningún derecho, de cualquier naturaleza, le concede legitimidad, por ser subjetiva y arbitraria.

Todo esto vale teóricamente, pues importa clarificar posiciones. Sin embargo, en la práctica se ha demostrado que **todas las guerras**, incluso las llamadas de "intervención humanitaria", no observan los dos criterios fundamentales: la inmunidad de la población civil y la adecuación de los medios. No se hace distinción entre combatientes y no combatientes.

Para debilitar al enemigo se destruye su infraestructura, con numerosas muertes de inocentes y civiles. Las consecuencias de la guerra perduran durante años, como en el caso del uranio empobrecido utilizado por el ejército norteamericano, que ha causado enfermedades en poblaciones afectadas.

La guerra no es solución para ningún problema. Debemos buscar un **nuevo paradigma**, a la luz de Francisco de Asís, León Tolstoy, Mahatma Gandhi y Martin Luther King Jr., si no queremos destruirnos: **la paz como meta y como método**.

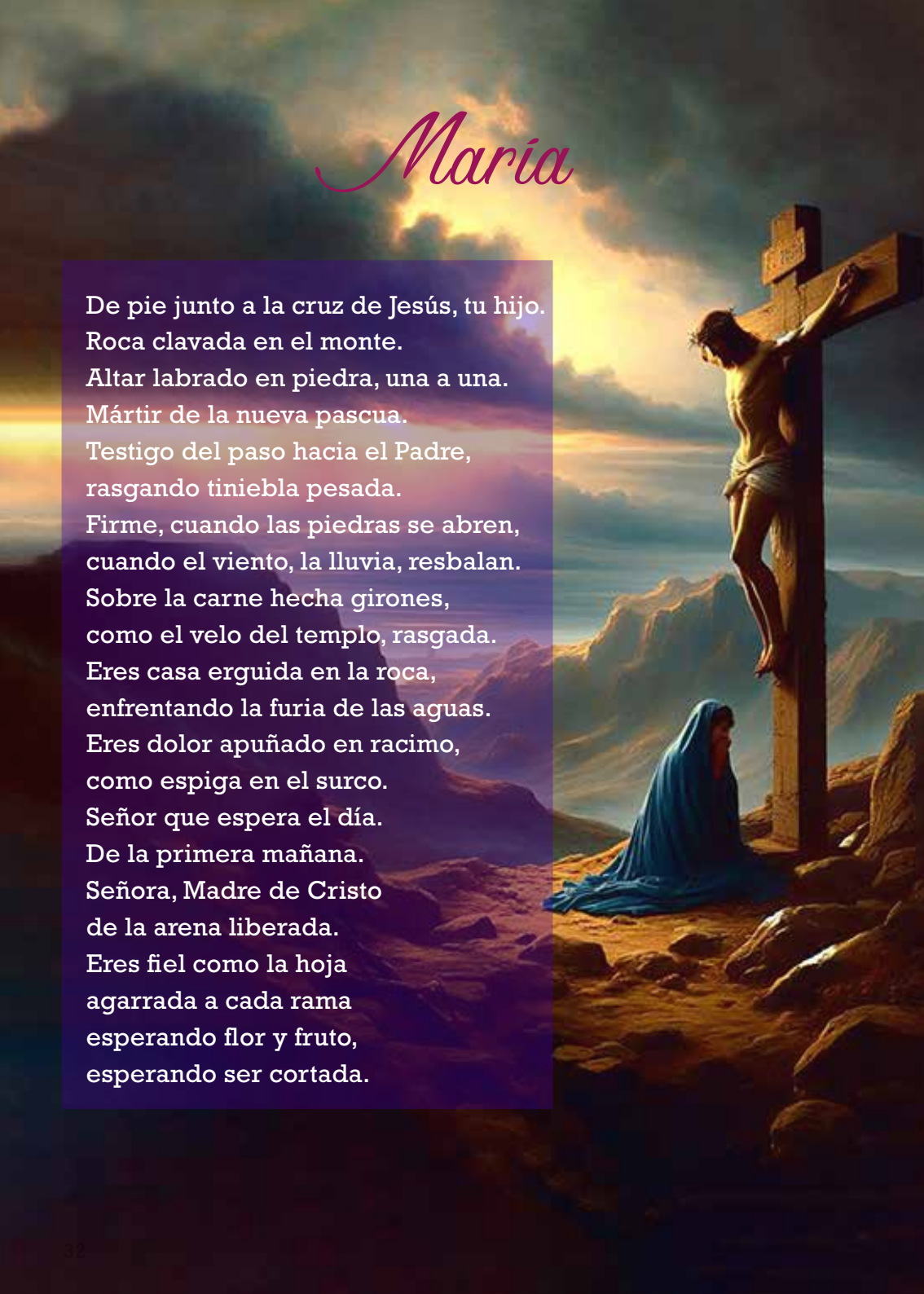
Si quieres la paz, prepara la paz.

Leonardo Boff

escribe para la revista LIBERTAa (ICL): www.revistaliberta.com.br.
También es autor de *Cuidar de la Tierra – Proteger la vida*, Record, 2010 (www.leonardoboff.org).



María



De pie junto a la cruz de Jesús, tu hijo.
Roca clavada en el monte.
Altar labrado en piedra, una a una.
Mártir de la nueva pascua.
Testigo del paso hacia el Padre,
rasgando tiniebla pesada.
Firme, cuando las piedras se abren,
cuando el viento, la lluvia, resbalan.
Sobre la carne hecha girones,
como el velo del templo, rasgada.
Eres casa erguida en la roca,
enfrentando la furia de las aguas.
Eres dolor apuñado en racimo,
como espiga en el surco.
Señor que espera el día.
De la primera mañana.
Señora, Madre de Cristo
de la arena liberada.
Eres fiel como la hoja
agarrada a cada rama
esperando flor y fruto,
esperando ser cortada.



RED MUNDIAL DE ORACIÓN DEL PAPA

Secretariado Nacional del Apostolado de la Oración

http://apostolado.org.ve/

@aposvenezuela

@aposvenezuela **apostoladovenezuela**

E-mail: aporlacasta@hotmail.com

Residencia de Jesuitas, Iglesia de San Francisco,
El Silencio, Esq. Pajaritos. Caracas.

Teléfonos

Oficina 0212-832 2024 Residencia 0212-482 2442

Horario de oficina

de lunes a viernes de 9:00 am a 11:30 am

Coordinación: Leida Machado | Diseño gráfico: María Elena Ayala
Director de la Web: Humberto Santos Mijares